

BERNARDO SUBERCASEAUX

GENEALOGÍA DE LA VANGUARDIA EN CHILE

Santiago de Chile. Ediciones de la Facultad de Filosofía y
Humanidades de la Universidad de Chile, 1998

Conocemos poco de la historia de las expresiones artísticas nacionales del presente siglo. Por eso, el estudio de Bernardo Subercaseaux sobre la irrupción de las vanguardias artísticas y literarias en el Chile de comienzos de siglo, viene a llenar un vacío importante. Además, este libro inicia, o más bien reinicia, algo que nunca debió interrumpirse: la línea editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, que en otras épocas entregó obras de gran importancia, muchas de ellas consideradas verdaderos “clásicos” en el mundo culto nacional e internacional.

Creemos que el nacimiento de *Genealogía de la vanguardia* es posible al cabo de una serie de trabajos que han rescatado la producción de los intelectuales chilenos de principios de siglo y que han hecho revalorar el papel de las biografías en el debate cultural del presente. A la trilogía de Volodia Teitelboim le han seguido trabajos de Mónica Echeverría, Fernando Sáez y Grínor Rojo, entre otros. Si el texto que comentamos es posible sólo después de esta nueva corriente de estudios, tiene el valor de ponerlos a todos en relación y de lograr así una mirada panorámica que introduce una perspectiva histórica que hacía falta en la bibliografía sobre nuestra literatura.

El estudio de Subercaseaux se ubica cronológicamente en la “década del centenario”, 1910-1920, abriéndose así en el año en que los países latinoamericanos celebraron un siglo de independencia. El acontecimiento generó uno de los más interesantes debates culturales de la historia de Chile. Desde distintas disciplinas, científicas y humanistas, se efectuó un balance de la labor de conocimiento realizada en nuestro país, lo que dio impulso a la publicación de numerosos ensayos y trabajos de investigación determinantes para el nacimiento de importantes corrientes intelectuales, como ocurrió con el nacionalismo, que iba a cumplir un significativo aunque no muy feliz papel en la orientación educacional durante una gran parte del presente siglo.

El telón de fondo frente al cual se mueve esta investigación de Subercaseaux lo conforma una gran crisis del sistema político y cultural dominado por la oligarquía. Ésta se había enriquecido con la explotación del salitre y detentaba un poder

casi sin contrapeso por parte de otros sectores sociales. Junto con ello, emergía por entonces una clase media que había logrado abrirse camino apoyada en la educación universitaria y técnica, y que se estructuró a partir de las reformas liberales y la acción de destacados intelectuales como Bello y Lastarria. Otro elemento central fue el surgimiento, cada vez más innegable, de la cuestión social y el ascenso de un proletariado que se organizaba y crecía al margen de la legalidad. Si bien esta serie de factores estallaron en la década del veinte, provocando una serie de conflictos políticos, es correcto plantear que el decenio del centenario fue la matriz y el momento en que se sembró este proceso. Aspecto fundamental de la época es el relacionado con la profunda y extensa producción intelectual que surgió desde todos los sectores sociales, lo que hace que el estudio de Subercaseaux sea de especial importancia. No hay que decir que el autor domina estos temas, habiendo desarrollado una notable bibliografía al respecto.

Un capítulo de conclusión, de carácter más “ensayístico”, que pone en discusión ciertos aspectos centrales acerca de cómo se entiende el desarrollo intelectual de América Latina, es uno de los aportes más relevantes de la obra. Completa el trabajo una cronología comparativa de los distintos elementos utilizados por Subercaseaux a lo largo del volumen, ordenada en una relación contextual que permite al lector obtener una perspectiva global de los fenómenos políticos y culturales que rodearon el desarrollo de los acontecimientos relatados.

En la investigación, el autor tuvo acceso a fuentes de primera mano (de carácter familiar e íntimo) que enriquecieron el trabajo. Por ejemplo, los archivos de la familia Subercaseaux Morla, la que conserva quince tomos de diarios de vida inéditos de Carmen y Jimena Morla Lynch. Revisó también revistas culturales, publicaciones efímeras -o casi desconocidas-, diarios y una extensa bibliografía.

Varios son los acontecimientos sociales analizados en detalle. Quizá uno de los menos conocidos sea la visita a Chile de la activista ácrata de origen español, Belén de Zárraga, al que accedemos a través de la recreación que hace el autor de la forma en que se gestó una cultura alternativa que unió durante muchos años a estudiantes, intelectuales de clase media y al mundo popular de la época. El rechazo de la juventud laica a la visita del nuncio apostólico monseñor Sibilia, la formación de grupos literarios y artísticos, la creación de la Federación de Estudiantes, etc., son aspectos de este mismo movimiento.

El resto de los sucesos tratados en *Genealogía de las vanguardias...* tuvo lugar en pequeños círculos de fracciones de la oligarquía, o más bien entre individuos que rompen con las tradiciones familiares y en actos de rebeldía se fugan del nido paterno. Esta actitud es la que unió, por ejemplo, a Teresa Wilms y Vicente Huidobro. También se puede constatar en la eterna iconoclasia de “Iris”. Ambos datos, si bien son importantes para la historia de nuestra literatura, no involucraron a un grupo importante de personas, sino a individuos o grupos reducidos. Ni la

polémica pareja Wilms/Huidobro ni la afamada y rupturista Inés Echeverría de Larraín dejaron nunca de ser aristócratas y de pertenecer a sus familias y ser protegidos por ellas. Es más: otro sector de este movimiento, según los testimonios que entrega el autor, no tenía al escribir pretensiones literarias y aspiraba en cambio al anonimato y la intimidad. Las suyas fueron meras “actitudes poéticas”.

Carlos Morla Lynch, uno de los autores consultados por Subercaseaux, escribió *El año del Centenario*, memoria íntima que grafica con inusitada claridad la vida de una clase política exclusivamente oligárquica, sus disputas palaciegas y sus recurrentes “crisis ministeriales”, aspectos que la historiografía nacional ha analizado en otras ocasiones. El texto lleva el elocuente subtítulo *En La Moneda (páginas internas de mis memorias)*. Por lo demás, el memorialista Morla Lynch no fue sino un oscuro funcionario ministerial, que desempeñó un papel secundario y servicial tras la mano pública del poder, un ojo que observaba tras las bambalinas y que llegó ahí luego de no aceptar el futuro brillante que tenía asegurado en el Conservatorio Musical de París.

En todo caso, es posible sostener que las acciones de estos individuos se producen en un contexto global de cambios: la actitud de los estudiantes, que describe el autor, así lo demuestra. Ello supone la acción de un grupo social mucho más numeroso e importante, que finalizada la década y en la siguiente pondría de cabeza al sistema oligárquico en su conjunto.

Entre las fuentes que Subercaseaux no utilizó, me parece que habría sido conveniente mencionar libros como *Cuando era muchacho*, de José Santos González Vera, testimonio novelado que relata un fino testigo de los acontecimientos del período en estudio (Premio Nacional de Literatura 1951). Ese texto, con inusual sagacidad y elegancia, cuenta testimonialmente algunos sucesos narrados también por Subercaseaux, como las visitas del monseñor Sibia y de Belén de Zárraga, así como pormenores de la vida estudiantil y de sus protagonistas, entre ellos de Juan Gandulfo, Manuel Rojas, los miembros del grupo Los Diez y el poeta Gómez Rojas. Se refiere igualmente a distintos aspectos de la vida cultural de la clase media y de los sectores populares, cuyo tratamiento más a fondo, en la obra que comentamos, nos parece una falencia. Otro libro que Subercaseaux ha obviado en su trabajo y que hubiera sido una valiosa contribución, es el de Valenzuela y Weinstein que relata la historia del movimiento estudiantil, titulado *La FECH de los años veinte, un movimiento estudiantil con historia*, el cual, aunque incompleto, abarca también la década del centenario.

El conjunto de este enfoque y temática oscurece ciertos aspectos importantes. Echamos de menos, por ejemplo, un análisis de la obra de Manuel Rojas, a quien Subercaseaux no nombra, o de Antonio Acevedo Hernández, gran promotor del teatro obrero, considerado por muchos fundador del teatro moderno de Chile y quien es mencionado de pasada (págs. 95 y 105). Ambos formaron parte de la generación

vanguardista y contribuyeron con importantes y reconocidas obras, razón por la cual, al contrario que los representantes de la “espiritualidad de la vanguardia”, fueron galardonados posteriormente con el Premio Nacional de Literatura. No desmerecemos con esto el trabajo de Subercaseaux, pero sería conveniente observar estas omisiones.

El mismo aspecto puede apreciarse mejor a través de descripciones similares, pero provenientes de distintas fuentes, respecto del período de recepción, apropiación y producción de las vanguardias artísticas. Cito un recuerdo de Carlos Vicuña Fuentes:

Una pléyade infinita brotó de la universidad, de las imprentas, de las escuelas, de los talleres. Profesionales, profesores, estudiantes, poetas, escritores, oradores, obreros de todo linaje, se reunían, discutían, escribían, predicaban, se organizaban en una marea apocalíptica que puso pavor en la aristocracia vacilante cuando se dio cuenta de la inaudita extensión de aquella inquietud generalizada.

Relatos similares a éstos los encontramos en testimonios de González Vera y Pablo Neruda.

Ahora bien, estando nosotros totalmente de acuerdo con el planteamiento de Subercaseaux en cuanto a que el surgimiento y apropiación de las vanguardias literarias y artísticas se produce en la década del diez, nuestra impresión es que las vanguardias políticas se desarrollaron extensa y claramente a partir del siguiente decenio y que los años treinta significaron la inclusión de ambas corrientes dentro de un nuevo sistema político y cultural que se gestó a partir de las profundas transformaciones ocurridas entre 1920 y 1932 y cuyo resultado fue un Estado benefactor, centralizado y protector de la cultura, la educación, la salud pública, etc.

También creemos que este trabajo debió proyectarse sobre el telón de fondo de las vanguardias artísticas latinoamericanas.

Nuestra visión es que las vanguardias artísticas (y posteriormente las políticas) poseen una serie de rasgos que las diferenciaron de sus homónimas europeas y que afianzan la originalidad del fenómeno entre nosotros. Esto, fundamentalmente por las condiciones históricas en que se produjeron los fenómenos en discusión: Guerra Mundial, incipiente de la acción del imperialismo en la escena política, crisis del capitalismo, revolución rusa, etc., acontecimientos que permitieron un desarrollo de ideas y fenómenos políticos y culturales con mayor independencia del viejo continente. Así, por ejemplo, no se puede hablar de una etapa de “posguerra” o “entreguerras” en América, puesto que ese conflicto nunca existió dentro de nuestras fronteras, y sus efectos llegaron muy menguados, salvo, claro, la crisis económica de 1929. No discutimos la universalidad de tales hechos, pero enfatizamos que ellos se desarrollaron en una América no globalizada, ni interconectada por la

tecnología y los *mass media* del presente. Así, los años de entreguerras en Europa fueron de una considerable libertad para la creación propia de nuestro continente, donde no había que lidiar aún con los afanes expansionistas de nuestros vecinos desarrollados cuyas “modernizaciones” los llevarían nada menos que a casi exterminarse en unos pocos años.

Desde esta perspectiva puede decirse que para la época la vanguardia es la forma como llega una nueva etapa de la modernidad a América, y a ésta la entendemos como un proceso universal que es común, al menos, a la humanidad occidental y en el cual todas las sociedades se involucran o involucraron en un determinado momento de su historia. El o los caminos por los cuales se hizo efectivo este proceso están relacionados con las particularidades de cada región, nación o pueblo.

Finalmente, nos llama la atención el título que Subercaseaux le ha dado a su libro: ¿Por qué genealogía de la vanguardia en Chile y no genealogía de la vanguardia chilena, si el autor sostiene que hay una “tensión” entre *apropiación* y *reproducción* presente en la génesis de nuestras vanguardias artísticas?. Cito sus palabras:

El modelo de apropiación cultural implica que se participa en el pensamiento y la cultura de occidente en términos distintos a los puramente imitativos y miméticos; resulta entonces un modelo productivo para entender las relaciones de identidad y diferencia con la cultura europea.

¿No sería más exacto hablar entonces de “genealogía de la vanguardia chilena” o en plural, de “genealogía de las vanguardias”? Si como el mismo autor demuestra, el proceso de la genealogía de la vanguardia es simultáneo al europeo, eso significa que esos procesos, como la tan majaderamente referida “modernidad”, son universales. O, más bien, que Chile en la época del centenario era un país con desarrollos intelectuales similares a los de otros países; en este caso, a los del viejo continente.

Pero debemos aclarar que el problema es complejo. Si aceptamos la propuesta de Subercaseaux que la sociedad está compuesta por “nichos culturales”, tenemos que asumir que estos “compartimentos estancos” en ciertos niveles funcionan culturalmente sin conexión con el resto de la sociedad latinoamericana (chilena, en nuestro caso) y, por ende, que se encuentran más y mejor conectados con otras latitudes, como las de Europa occidental. Es el caso de los sectores de la oligarquía que el autor pone bajo su lente. Por ejemplo, el mismo Huidobro era culturalmente más francés que chileno. También González Vera relata en *Cuando era muchacho* la admiración de nuestra oligarquía por la cultura y el idioma galos, el cual utilizaban más que el español para comunicarse entre ellos. La misma Inés Echeverría decía que el francés era el idioma de la poesía y que ella pensaba en esa lengua. Teresa Wilms escribió su primer diario en ese idioma, información que el propio autor nos entrega.

Esta discusión no quiere decir que no estemos de acuerdo con el deseo de Subercaseaux de defender el “derecho a la universalidad” que tiene la cultura latinoamericana, pero a la hora de analizar la realidad de la época es necesario entender el carácter de la multiplicidad social que se analiza, más que defender el derecho de los sudamericanos a ser aceptados por la originalidad de nuestros procesos intelectuales.

Pero los méritos del trabajo de Subercaseaux sobrepasan con mucho sus omisiones o nuestros desacuerdos. Éstos, más bien, quedan para seguir un debate acerca de la cultura chilena que podría tener aquí su punto de inicio y que es necesario enfrentar con precisión y acuciosidad y con nuevas investigaciones que abran otras nociones y sentidos al estudio de los fenómenos culturales chilenos y latinoamericanos.

Fabio Moraga Valle
Universidad de Chile